



Pintura. El alcoverense Jordi Isern cerró ayer su primera exposición en Tokio, la novena que realiza en Japón. Un artista local con una proyección que ya abarca todo el mundo



Jordi Isern, en su estudio de Alcover. La imagen de espontaneidad e improvisación de los artistas no va con él, que es metódico y rutinario. FOTO: E. T.

LOS PAISAJES DE AQUÍ ENAMORAN A JAPÓN

ELOI TOST
ALCOVER

No es la primera vez. Casi seguro tampoco será la última. El pintor alcoverense Jordi Isern cerró ayer su novena exposición en Japón. Por primera vez ha mostrado su obra paisajista en la capital, Tokio, en concreto en uno de los barrios económicamente más potentes e influyentes de la capital nipona, Shinjuku. Sus cuadros han vuelto a enamorar al público y expertos japoneses.

«A pesar de la intensidad y volumen de trabajo en las visitas a Japón, intento que la faena sea un disfrute», explica Isern. Conoce el país desde hace cinco años, cuando unos galeristas japoneses descubrieron su obra a través de su página web y le contactaron para exhibirla y comercializarla

en su nación. Desde el primer día fue un éxito. Y él, encantado.

Ha conectado con esa sociedad tan diferente pero sigue fiel a sus principios. Tanto personales como artísticos. En este ámbito destaca especialmente la selección de paisajes. Isern únicamente pinta Alcover y sus alrededores, la Conca de Barberà, el Priorat, Delta de l'Ebre, la Garrotxa, el Pirineo catalán, Tenerife y la Alpujarra granadina. Son los entornos naturales que le transmiten algo, difícil de describir incluso para él. Y a pesar de la relación que tiene con otros entornos, no se le ha despertado un interés de plasmarlos en un lienzo. Con su arte ha llegado ya a casi todo el mundo. Su fama en los círculos especializados es ya global, con obra circulando a día de hoy por diferentes países asiáticos y europeos.

En esta aventura por Japón, además de la parte expositiva, también ha participado en un taller con jóvenes de un centro para menores con discapacidad del barrio de Shinjuku. «Se trata de estar con ellos unas horas, explicarles tu trabajo, compartir emociones... es muy bonito», reconoce el artista. Además, también hay una parte protocolaria. En esta ocasión le ha recibido el alcalde de Shinjuku –en Tokio, los diferentes barrios tienen alcaldes, y el global de la ciudad dispone de un gobierno metropolitano–, con el que se intercambiaron presentes e impresiones.

Su rincón

A pesar de su trayectoria de más de 25 años en el mundo de la pintura, Isern mantiene una serie de costumbres y rutinas. Una es que

casi siempre pinta en casa. Su taller es una especie de realidad paralela donde transforma las fotografías de los paisajes por los que camina con frecuencia en obras de arte. Un rato en su estudio rodeado de pinceles y cuadros que todavía se están secando permite comprender con facilidad su pasión e incluso observar su evolución. En un rincón tiene enmarcado su primer trabajo, hecho sobre cartón. Lógicamente, nada que ver con lo que hace ahora, pero lo que muchos esconderían por sonrojo, él lo muestra sin complejos. «Lo recuperé hace po-

Sus paisajes se caracterizan por tener bruma, niebla e incluso lluvia y nieve cayendo

co de casa de mi madre y le dije, ¡ni se te ocurra tirarlo!», exclama entre risas. También conserva su primera acuarela y recuerda que inicialmente tuvo dudas sobre qué camino coger. Un cuarto de siglo después tiene claro que acertó.

Una de las características de su obra es que los paisajes no son idílicos. Pocas veces vemos cielos claros, azules y muy soleados. Le interesa más la bruma, la niebla, las nubes... incluso hacer caer la lluvia o la nieve. Genera un placer visual para el espectador, que puede captar los matices gracias

a las diferentes técnicas pictóricas que usa.

Los referentes los tiene claros. Por una parte los pintores de la Escuela Paisajística de Olot de finales del siglo XIX, con los Vayreda como estiletes. Por la otra, el navarro Elías Garralda, fallecido en 2012. Isern coge elementos de ambos, pero se los adapta a su estilo y a estas alturas de carrera artística, no duda de lo que hace.

De hecho, ahora ya no descarta nada. No hay esbozos ni rechazos en su papelería. Cuadro que empieza, cuadro que acaba. «Esto es una tortura que ya he pasado. Todo es una evolución», reconoce desde la experiencia. Aún así, apunta que «es difícil que quedés del todo satisfecho con lo que haces, pero con el tiempo adquieres mucha seguridad y no dudas». Isern asegura que esta seguridad la posee desde hace siete u ocho años. Antes, «un comentario de una persona o una crítica podía generar un dolor de cabeza y te puede hacer dudar de la calidad de tu obra y de que no estás en el camino adecuado. Ahora ya me da igual. Tengo claro qué hago y qué quiero. Siempre puedes tener días malos pero sé que lo que hago gusta y le transmite cosas a la gente».

Y gracias a las redes sociales también se ha dado cuenta de que a pesar de pintar entornos locales «el arte es universal» ya que «recibo sorpresas de todo el mundo» en forma de comentarios de admiración.